

KADRIORG

Jordi Nomen

GRUPIREF (www.grupiref.org)

El estanque tiene un olor oscuro y en medio se alza una glorieta blanca y redonda que sólo es accesible mediante el uso de una pequeña barca.

Es fácil imaginarse la idea del brillante arquitecto que, en pleno siglo XVIII, ha acompañado al zar Pedro III para crear el palacete de Kadriorg y sus magníficos jardines. Al ver el agua llena de patos, uno siente el peso de la idea de paraíso en su concepción e imagina cómo la emperatriz debe superar el pequeño obstáculo del agua hasta el pequeño y delicado porche de piedra blanca, acompañada por una dama y protegida por un feroz guardia, tal vez cosaco. Una vez allí, mecida por los acordes de un violín, o quizás una flauta, sueña en sus miserias y alborozos. Al caer el sol, con el regreso de la barca, da un pequeño paseo por el jardín posterior al palacio. Éste se organiza en torno a una pequeña fuente redonda de unos dos metros de diámetro y unos parterres, cuatro o cinco, de flores verdes y rojas que recubren unas pequeñas extensiones de tierra rojiza. Allí respira la tranquilidad de una vida aristocráticamente organizada. Ahora se para delante de una estatua barroca de Neptuno matando un delfín, mientras piensa en su soledad acompañada, en el sentido de un marido ausente, retenido en Moscú por los asuntos de estado del inmenso imperio ruso. En su retiro, recubierta de un bonito vestido de seda blanca reflexiona sobre el azar y el sentido de la vida. Ahora se sienta al lado de la estatua aprovechando la sombra fresca de un viejo olmo, al

atardecer. Se pregunta cuándo vendrá el zar, cuando podrá tener hijos que la distraigan, al menos unas horas, de la monotonía. Ya entra en el palacio, de dos pisos, con molduras blancas sobre fondo granate, embellecido por pilares corintios y techo de teja verde. Sus pasos resuenan en las inmensas estancias, precedidos de una progresiva iluminación que los criados van encendiendo tras recuperarse de su inmovilidad. En el comedor está servida la cena: aves de caza, salmón traído del Báltico, verduras, fruta, pasteles, servida en una porcelana fina de la fábrica de San Petersburgo. Y la emperatriz, inapetente, bostezando, añadiendo silencio al silencio imperante. Sólo se oye el tintineo del cambio de platos. Con la mano hace un pequeño gesto a su dama para que toque una melodía, Schubert, y no puede evitar que una lágrima, incontinente, se deslice por su mejilla. El tiempo se para...

Dos siglos más tarde, en verano de 2007, un hombre llega apresurado. Ha dejado el taxi y se dirige a la puerta del palacio, ahora convertido en museo. Ha llegado tarde. No podrá entrar en el museo, no podrá ver la colección de retratos de los zares que alberga, tal vez nunca. El hombre decide aprovechar la carrera y observa con detenimiento el edificio, como si pensara llevárselo consigo en la mirada. Ahora ha observado las escaleras laterales y ha pensado ver lo que hay detrás. Los jardines. Le extraña que se vean tan solitarios, que los visitantes del museo no los admiren. También ve que los jardineros los cuidan con tanto mimo que hacen de su profesión un arte.

Saca el móvil y hace una foto. Cuando le toca el turno a la estatua de Neptuno, se queda sin batería.

También es mala suerte. Se resigna. Guarda el móvil y prepara, con suma solicitud una pipa. Se pone a fumar. Se siente feliz por haber visto el palacio y los jardines. Sabe que probablemente jamás volverá y eso le da un toque de eternidad a la visita. Podrá retenerla aunque la irá perdiendo progresivamente en los detalles, perderá nitidez hasta quedar convertida en un regusto dulce de felicidad.

Ahora el hombre va hace el estanque y ve familias aprovechando la caída del sol de verano. Los patos hacen vuelos rasantes sobre las aguas para recoger su alimento y un niño pequeño, dulcemente rubio y sonrosado, aplaude ruidosamente alborozado.

De repente llega ella. Es una señora mayor, delgada, de una edad indeterminada, por encima de los sesenta años. El hombre la mira. Ella le mira y sonríe. Tal vez le haga gracia ver una pipa en manos de alguien todavía joven, unos cuarenta quizás. Después, concentrándose, coge una bolsa de plástico naranja y empieza a sacar pedazos de pan, de pan duro, que va desmigando. Lleva unas zapatillas de estar por casa. Entonces se produce la escena mágica. Patos, pajarillos y palomas se lanzan de todas direcciones a sus pies, se abalanzan desde todo el parque. Parecen una nube oscura en movimiento, una estela de avión en el cielo azul añil. Las más hábiles, las que han cazado un pedazo, salen volando a esconderlo. Las otras se pican, buscan la parte del banquete. Sólo dos palomas se apartan persiguiéndose mutuamente en busca de necesidades tan

perentorias como la búsqueda del alimento.

Las aves están todas juntas, envuelven a la mujer que sonríe, congelando una felicidad en sus manos sarmentosas y ya gastadas y en su rostro que se vuelve bello por el contacto con los seres vivos que la rodean.

El hombre se mira la escena, curioso, mientras piensa que la vida es una carambola. Sólo unas horas antes estaba leyendo un libro filosófico que planteaba las diferencias entre los hombres y los animales. El autor concluía proponiendo la libertad como el criterio definitivo y diferenciador entre ambos. El hombre es el único ser vivo capaz de frenar o contradecir incluso sus instintos, que en él tienen menos fuerza que en los animales. Por eso el hombre es libre. Y ahora, allí delante de Kodriorg tiene la prueba. Nutrición y sexo han movilizad a las aves del parque, mientras la mujer busca su propio sentido alimentándolas. El hombre comprende que el presente es eterno, que lo que ha pasado no se puede cambiar. Se puede dejar de existir pero no se puede no haber existido. Pobre excusa de mortal pero , a la vez , momento de plenitud que justifica la intensidad de este momento. Al fondo, el sol parece ahogarse en las aguas del estanque y el hombre ve a la emperatriz y su dama que vuelven de la glorieta. Con la belleza no es suficiente, con tener satisfechas las necesidades tampoco... sin amor compartido, sin la necesidad de tener que salvar a alguien, además de a uno mismo, nada tiene sentido...

